



PARA un escritor como don Francisco Encina toda clase de bala hecha alrededor de su nombre significa pérdida de tiempo. No lee críticas, ni censuras, ni elogios. Centenares de personas se han sentido ofendidas a causa de ciertos juicios del señor Encina, posiblemente ciertos, que han traído al suelo lugares comunes, eugénicos de mitos ponderativos. Nuestra historia aparece plagada de ellos y en sociedad contamos con innumerables descendientes de esclavos. Estos descendientes son curiosos defensores de mitos, a veces tan inocentes como el de un antepasado bonito, sepultado en Chile a causa del amor violento que su figura despertó en la reina. ¿Qué reina? ¡La de España! El caso es que Chile entero, con sus tipos heroicos, con sus héroes, con sus paisajes, con sus tragedias y con sus diversas clases sociales palpa y habita en las páginas de Encina. Algunos capítulos causan como cuentos, otros nos sorprenden y nos parecen equivocaciones, sin que perdamos por eso el interés y el deseo de seguir leyendo este cuento maravilloso que es la historia de nuestra tierra. El mejor fiador de la solidez de sus afirmaciones es Encina mismo y, sin embargo, a veces estamos tentados de desmentirle, en contados casos y con respeto. Cuando afirma algo Encina, esto se prepaga y se hace vulgar como si lo llevara en sus alas un enjambre de insectos polinizadores.

Me pregunto ahora: ¿Cómo un hombre que entiende tan poco en fundamentos históricos, como yo, se atrevería a discutir a don Fausto Encina un punto que él estudió sin duda de manera agotadora y que yo he creído entender de otra manera por intuiciones comparativas? Me refiero al asunto de la permanencia de la raza negra africana en Chile. Don Francisco llegó a su resultado por el Camino Real del estudio y de la ciencia. Yo he llegado al mío por el camino rústico que los franceses llaman el *sentier des chèvres*. La parte que se refiere a lo que él cree la destrucción de la raza negra por el clima de Chile, en las páginas 55 y 56 del tomo III, admirablemente redactadas, contiene un párrafo, al final del Capítulo IV, que me ha dejado dudando muchas veces lo he paladeado, que no son pocas. Apostillado marginalmente lo tengo. Dice el señor Encina: "Chile fue para la sangre negra una vasija rota: por la vía de las neumonías y de las tuberculosis se eliminaba la que traspasaba los Andes o llegaba por los puertos". He aquí el resumen de su tesis que una mayoría repite a manera de dogma. Mi opinión: En Chile, a finales del siglo XVII, había más negros mulatos y zambos que indios en Santiago. Algunos de estos negros provenían de España. Hemos olvidado con ligereza la existencia de negros en España antes de la conquista, después de ella y ahora. Españoles con antepasa-

DE JOAQUIN EDWARI

EL SEÑOR ENCINA

dos negros, o mulatos, no hay pocos en España.

Añade Encina: "La eliminación del negro fue un gran bien para la raza chilena. Las manifestaciones intelectuales y morales de sus mestizos no fueron alentadoras. El naturalista Felipe Gómez de Vidaurre apuntó la debilidad física del mestizo de español y de negro. Dice que los zambos, o mestizos de indios y de negros son más membrudos, pero que las dotes de alma de ordinario son malas, nada fieles, frías, traidoras y en suma gente cuyo trato debe rehuirse".



—El número de negros —dice el mismo Encina— aumentó en el siglo XVIII.

¿Cómo se entiende? El clima los eliminaba y aumentaban. Se dirá que venían más de Panamá, de Angola, de Leona y de Tucumán.

En otra parte señala el señor Encina: "Ha llamado la atención de los antropólogos la escasez de los vestigios de la sangre negra en la raza chilena". No soy antropólogo. Es muy posible que esté equivocado y que no entienda el problema. Con perdón digo: El viajero que llega a Chile después de residir en Brasil, en Cuba, en Venezuela, en Colombia o en Perú, no verá claramente los vestigios de la sangre negra en Chile, si viótera de Europa o de los Estados Unidos los norteamericanos.

La sangre negra en Chile no fue eliminada sino tragada. Se mezcló y su

fluencia terminó con la abolición de la esclavitud. La cueca, como todo bailé con pañuelito y con tambor, es de origen negro. En nuestro pueblo hay menos vestigios de la raza negra que en la clase aristocrática antigua. Respecto de la observación de la pérdida de facultades intelectuales y morales en los que conservan vestigios de la raza negra, me permito asegurar que dudo de ello en absoluto. Voy a decir,

en dos palabras, lo que podría desarrollarse en cientos de páginas: el europeo no conserva sus mejores facultades en el clima andino. En las familias chilenas de origen europeo, con mezcla negra africana, es visible el esfuerzo dramático de la parte negra, para dar relieve a la nobleza de la parte blanca. Las familias chilenas con algo de sangre negra son las más aficionadas a ponderar la pureza de su linaje. Casi siempre presumen de sus escudos de nobleza y de sus antecedentes de pureza de sangre blanca. Aforismo vulgar es: "En los EE. UU. una gota de sangre negra hace un negro. En Sudamérica, una gota de sangre blanca hace un blanco".

Publicaré alguna vez —cuando me vea lejos de Santiago— la lista de las familias aristocráticas chilenas con sangre negra. Ilustres presidentes y celebrados escritores no podrían negar un remoto tronco africano negro.

Ningún historiador removió tanto como Encina. Su fuerza es impresionante. Se dice que en Chile vivimos poco y que somos enfermizos. Tampoco lo creo. Escritores de más de ochenta años son: Encina, Rodríguez Mendoza, Samuel Lillo, Alejandro Silva Delafuente, Misael Correa Pastene, Ossandón de la Peña. Con más de setenta: Dublé Urrutia, Víctor Domingo y Jorge Gustavo Silva. El año próximo cumplirán setenta Mariano Latorre, Fernando Sanfán y Eduardo Barrios.

Hacer historia significa resucitar a los muertos. Cada historiador verdadero emplea para ello un sistema propio. Se dice que de Napoleón han escrito más de cuarenta mil escritores. Pocos han coincidido en sus juicios.

Hay una parte de agresividad ingérita en nosotros, tendiente a hacer match o desafío. Vemos incoherentemente duelos mortales de personas en las diversas actividades. De aquí deduciríamos que los veinte tramos del señor Encina, cual veinte divisiones guerreras dirigidas por habil estrategia, arrollaron y destruyeron las divisiones de los generales Barro Arana, Sotomayor, Santa María, Vialta Mackenna, Amunátegui, Bulnes, Irarrázaval y tantos otros. No lo creo. Todavía y para siempre tendrán sus lámparas encendidas nuestros cronistas de la Conquista, de la Colonia y de ayer. Nunca habremos puesto el fin a la historia. Vendrán otros con rebuzos y soluciones aún más audaces y asombrosas.

219229 28/1x/54 J. E. B.

AUTORÍA

Edwards Bello, Joaquín, 1887-1968

FECHA DE PUBLICACIÓN

1954

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El señor Encina [artículo] J.E.B.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile